

Textos de Gracián, Baudelaire y Azorín

De la simpatía sublime

Prenda es de héroe tener simpatía con héroes. Alcanzarla con el sol basta a hacer a una planta gigantesca, y a su flor la corona del jardín.

Es la simpatía uno de los prodigios sellados de la naturaleza, pero sus efectos son materia del pasmo, son asunto de la admiración.

Consiste en un parentesco de los corazones, si la antipatía es un divorcio de las voluntades.

Algunos las originan de la correspondencia en temperamentos, otros de la hermandad en astros.

Aspira aquélla a obrar milagros, y ésta monstruosidad. Son prodigios de la simpatía los que la común ignorancia reduce a hechizos, y la vulgaridad a encantos.

La más culta perfección sufrió desprecios de la antipatía, y la más inculta fealdad logró finezas de la simpatía.

Hasta entre padre e hijos pretenden jurisdicción, y ejecutan cada día su potencia atropellando leyes y frustrando privilegios de naturaleza y política. Quita reinos la antipatía de un padre, dállos una simpatía.

Todo lo alcanzan méritos de simpatía, persuade sin elocuencia y recaba cuanto quiere, con presentar memoriales de armonía natural.

La simpatía realzada es carácter, es estrella de heroicidad; pero hay algunos de gusto imán, que mantienen antipatía con el diamante y simpatía con el hierro. Monstruosidad de naturaleza, apetece escoria y asquear el lucimiento.

Fue monstruo real Luis XI, que más por naturaleza que por arte, extrañaba la grandeza y se perdía por las heces de la categoría política.

Gran realce es la simpatía activa, si es sublime, y mayor la pasiva, si es heroica. Vence en precocidad a la gran piedra del anillo de Gies, y en eficacia a las cadenas del Tebano.

Fácil es la propensión a los varones magnos, pero rara la correlación. Da voces tal vez el corazón, sin escuchar eco de correspondencia. En la escuela del querer es esta la A, B, C, donde la primera lección es de simpatía.

Sea, pues, destreza en discreción, conocer y lograr la simpatía pasiva. Válgase el acento de este hechizo natural, y adelante el arte lo que comenzó naturaleza. Tan indiscreta cuán mal lograda es la porfía de pretender sin este natural factor y querer conquistar voluntades sin esta munición de simpatía.

Pero lo real es la reina de las prendas, pasa los términos de prodigio, base que levantó estatua siempre de inmortalidad, sobre plintos de próspera fortuna.

Está a veces amortiguada esta augusta prenda por no alcanzarle los alientos del favor. No atrae la calamita la hierro fuera de su distrito, ni la simpatía obra fuera de la esfera de su actividad. Es la aproximación la principal de las condiciones, no así el entretenimiento.

Atención, aspirantes a la heroicidad, que en este primor amanece un sol de lucimiento.

Baltasar Gracian

Un hemisferio en una cabellera

Déjame respirar mucho tiempo, mucho tiempo, el olor de tus cabellos; sumergir en ellos el rostro, como hombre sediento en agua de manantial, y agitarlos con mi mano, como pañuelo odorífero, para sacudir recuerdos al aire.

¡Si pudieras saber todo lo que veo! ¡Todo lo que siento! ¡Todo lo que oigo en tus cabellos! Mi alma viaja en el perfume como el alma de los demás hombres en la música.

Tus cabellos contienen todo un ensueño, lleno de velámenes y de mástiles; contienen vastos mares, cuyos monzones me llevan a climas de encanto, en que el espacio es más azul y más profundo, en que la atmósfera está perfumada por los frutos, por las hojas y por la piel humana.

En el océano de tu cabellera entreveo un puerto en que pululan cantares melancólicos, hombres vigorosos de toda nación y navíos de toda forma, que recortan sus arquitecturas finas y complicadas en un cielo inmenso en que se repantiga el eterno calor.

En las caricias de tu cabellera vuelvo a encontrar las languideces de las largas horas pasadas en un diván, en la cámara de un hermoso navío, mecidas por el balanceo imperceptible del puerto, entre macetas y jarros refrescantes.

En el ardiente hogar de tu cabellera respiro el olor del tabaco mezclado con opio y azúcar; en la noche de tu cabellera veo resplandecer lo infinito del azul tropical; en las orillas vellosas de tu cabellera me emborracho con los olores combinados del algodón, del almizcle y del aceite de coco.

Déjame morder mucho tiempo tus trenzas, pesadas y negras. Cuando mordisqueo tus cabellos elásticos y rebeldes, me parece que como recuerdos.

Los beneficios de la Luna

La Luna, que es el capricho mismo, se asomó por la ventana mientras dormías en la cuna, y se dijo: “Esa criatura me agrada”.

Ya bajó muellemente por su escalera de nubes y pasó sin ruido a través de los cristales. Luégo se tendió sobre ti con la ternura flexible de una madre, y depositó en tu faz sus colores. Las pupilas se te quedaron verdes y las mejillas sumamente pálidas. De contemplar a tal visitante, se te agrandaron de manera tan rara los ojos, tan tiernamente te apretó la garganta, que te dejó para siempre ganas de llorar.

Entretanto, en la expansión de su alegría, la Luna llenaba todo el cuarto como una atmósfera fosfórica, como un veneno luminoso; y toda aquella luz viva estaba pensando y diciendo: “Eternamente has de sentir el influjo de mi beso. Hermosa serás a mi manera. Querrás lo que quiera yo y lo que me quiera a mí: el agua, a las nubes, al silencio y a la noche; al mar inmenso y verde; al agua informe y multiforme; al lugar en que no estés; al amante que no conozcas; a las flores monstruosas; a los perfumes que hacen delirar; a los gatos que se desmayan sobre los pianos y gimen como mujeres, con voz ronca y suave.

“Y serás amada por mis amantes, cortejada por mis cortesanos. Serás reina de los hombres de ojos verdes a quienes apreté la garganta en mis caricias nocturnas; de los que quieren al mar, al mar inmenso, tumultuoso y verde; al agua informe y multiforme, al sitio en que no están, a la mujer que no conocen, a las flores siniestras que parecen

incensarios de una religión desconocida, a los perfumes que turban la voluntad y a los animales salvajes y voluptuosos: que son emblema de su locura”.

Y por esto, niña mimada, maldita y querida, estoy ahora tendido a tus pies, buscando en toda tu persona el reflejo de la terrible divinidad, de la fatídica madrina, de la nodriza envenenadora de todos los *lunáticos*.

Carlos Baudelaire

Primavera, melancolía...

Un amigo llega a mi casa después de una larga correría por Europa.

—Ahora —me dice —me marcho a encerrarme en el pueblo. Ya lo conoce usted. Es un pueblo claro y silencioso de Levante. No quiero hablar con nadie ni ver a nadie. Tengo una casa en los linderos de la ciudad. Tiene un jardín delante y un huerto detrás. Las habitaciones son espaciosas y ventiladas. Entra el sol a raudales en invierno. En verano corro las persianas, entorno las maderas y reina en las estancias una grata penumbra. En la primavera observo cómo la luz va cambiando; todas las cosas parece que sufren un profundo cambio al pasar del invierno al verano. Yo paseo en las mañanas por el jardín y huerto. Me levanto temprano.

Los gorriones de los árboles me despiertan con sus gritos nerviosos. Los conozco a todos. Oigo las campanas lejanas tocar a las primeras misas. Hay en esta hora matinal una viveza y una transparencia que no hay en las demás horas del día. El aire parece de cristal; las montañas remotas parecen de porcelana. Resuena una tos de un viejo labriego que pasa. Luégo, las viejecitas vestidas de negro, con sus manos pajizas, discurren por las calles camino de la iglesia. Salgo de casa y llego hasta la plaza del pueblo. Hablo algunas palabras con los viejos madrugadores. Los viejos parece que esperan todos impacientes, ansiosos, la llegada de las primeras luces del día. Inmediatamente que clarea el cielo, salen de sus casas y dan pequeños paseos por los soportales. Son viejos labriegos, viejos amigos de la tierra, que han vivido toda su vida viendo colorearse el cielo con los resplandores del alba. Son amigos de los gorriones mañaneros y de las campanas que tocan a la primera misa. Tosen encorvándose y tienen algún pronóstico para lo que ha de ocurrir durante el día.

Cuando vuelvo a casa ya está todo en orden y limpio. No tolero que den grandes y ruidosos golpes en los muebles. Quiero que se limpie todo en silencio. Un rayo de sol entra hasta la mesa en que yo tomo mi desayuno. Respiro a plenos pulmones el aire saturado de jazmines y lilas. Una abeja, temprana, laboriosa, viene ya diligente a esta hora hasta las flores. Le corre prisa, mucha prisa, por llevarse las patitas llenas de pegotes amarillentos. Los cetonios panzudos y dorados, todavía están durmiendo en el seno sedoso de las rosas. Necesitan mucho sol; quieren que el aire esté muy pesado, muy denso. Hasta que no promedie la mañana no saldrán de sus escondrijos y no revolotearán pesadamente de un lado a otro. Mi can ha dado unas vueltas por el jardín. Lo hace para que no no crea que descuida el primero de sus deberes: la vigilancia. Sin embargo, no vigila nada. Sabe él que nada ocurrirá, y después de andar por el jardín un poco aburrido, vuelve a recostarse al pie de la butaca en que yo leo.

Los libros que yo leo son secillos y claros. Detesto los libros largos y confusos. Cuando hasta mí llega una carta muy larga, no puedo enterarme de ella. A los amigos y a los conocidos lejanos les entero de mi vida en cuatro letras menuditas y simétricas sobre un papel blanco y sin brillo. No sé tocar el piano; pero tengo una pianola y cerca de ella, al alcance de la mano, un rimerero de piezas de Beethoven, de Mozart y de Wagner. En las paredes de mi casa no hay ningún cuadro al óleo; como no puedo poseer grandes lienzos de Velásquez, Veronés, Tiziano y Goya, tengo de ellos hermosas fotografías. Me gustan, sobre todo, Tiziano, Goya y Velásquez. Cuando me canso de leer y escribir, me siento en una mecedora y dormito frente al jardín, lleno de aromas y de silencio.

Mi mesa es sobria. No me gustan las cosas complicadas. Como principalmente vegetales y frutas. Me place conservar, después de levantarme de la mesa, la sensación de no haber comido nada. Para mí sería algo muy penoso el verme obligado a tomar una cucharada de bicarbonato. Quiero la mesa limpia, nítida; la cristalería ha de relucir y brillar. Sobre el mantel pongo un haz de rosas y de hierbas silvestres. Amo todos los hierbajos de la montaña: el romero, la mejorana, la salvia, el cantueso. Me traen una impresión que no me proporcionan las flores y plantas de los jardines; una impresión de soledad, de libertad, de fortaleza y de sinceridad.

Voy por las tardes a dar largos paseos por mis tierras. Converso con los labriegos. Les pregunto mil cosas relati-

vas a la labranza. Me cuentan las impresiones de sus vidas: vidas vulgares, uniformes, en las cuales no ha ocurrido nunca nada. Si alguno ha pasado por Madrid para ir a segar a tierras lejanas, me dice lo que le ha parecido Madrid. Bebo el agua fresca de los hontanares del monte. Observo entre los lentiscos cómo tienen las silenciosas arañas tendidas sus telas. Si levanto una pesada piedra, veo los glomeridos removerse molestados con la luz y con el ruido. En algún remanso o estanque contemplo los girinos dar vueltas y revueltas, trazar sus círculos. Envidio a estos animalejos, cuya misión se reduce a correr constantemente sobre el agua con sus patas largas. Observo cómo riegan los bancales y los herreñales. Ver correr el agua por las acequias y observar cómo la tierra sedienta la recibe y se desposa con ella, es una de mis mayores satisfacciones.

Después, cuando llega el crepúsculo, permanezco absorto observando cómo el cielo se va obscureciendo poco a poco y cómo las cosas vuelven a su reposo después de la lucha del día. Las estrellas comienzan a destacarse en lo alto. Se respira una paz profunda. Se oye a los lejos una canción larga y melancólica. Han callado los pájaros. En la lejana ciudad brillan las lucecitas eléctricas. Cuando vuelvo al pueblo, si, al pasar por alguna calle solitaria, oigo las notas de algún piano que canta en el crepúsculo alguna de esas músicas viejas y románticas —una música tocada por algunas manos finas y blancas—, siento tristeza, una tenue e indefinible tristeza, invadir mi espíritu. Dentro de doscientos, de trescientos años, otras notas tan melancólicas como éstas, tan largas, tan suaves, sonarán también en esta calle, en este crepúsculo. ¿Quién las escuchará? ¿Qué manos tristes y ensoñadoras las tocarán? ¿Qué ensueños y qué melancolías suscitarán?

Azorín